

Revista
electrónica
de la Secretaría
de Investigación
y Postgrado

FHyCS-UNaM

N° 13 Diciembre 2019



► www.larivada.com.ar



La Rivada. Investigaciones en Ciencias Sociales.

Revista electrónica de la Secretaría de Investigación y Postgrado.
FHyCS-UNaM

La Rivada es la revista de la Secretaría de Investigación y Postgrado de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Misiones. Es una publicación semestral en soporte digital y con referato, cuyo objeto es dar a conocer artículos de investigación originales en el campo de las ciencias sociales y humanas, tanto de investigadores de la institución como del ámbito nacional e internacional. Desde la publicación del primer número en diciembre de 2013, la revista se propone un crecimiento continuado mediante los aportes de la comunidad académica y el trabajo de su Comité Editorial.

Editor Responsable: Secretaría de Investigación y Postgrado.

FHyCS-UNaM.
Tucumán 1605. Piso 1.
Posadas, Misiones.
Tel: 054 0376-4430140

ISSN 2347-1085

Contacto: larivada@gmail.com

Artista Invitado

Rocio Mikulic
mosca_surrealista@hotmail.com
www.facebook.com/
rocio.mikulic

Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales. Universidad Nacional de Misiones.

Decana: Mgter. Gisela Spasiuk

Vice Decano: Esp. Cristian Garrido

Secretario de Investigación: Mgter. Froilán Fernández

Secretario de Posgrado: Dr. Alejandro Oviedo

Director: Roberto Carlos Abinzano

(Profesor Emérito/Universidad Nacional de Misiones, Argentina)

Consejo Asesor

- Dra. Ana María Camblong (Profesora Emérita/ Universidad Nacional de Misiones, Argentina)
- Dr. Denis Baranger (Universidad Nacional de Misiones, Argentina)
- Dra. Susana Bandjeri (Universidad Nacional del Comahue/Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina)

Equipo Coordinador

- Adriana Carísimo Otero
- Carmen Guadalupe Melo

Comité Editor

- Débora Betrisey Nadali (Universidad Complutense de Madrid, España)
- Zenón Luis Martínez (Universidad de Huelva, España)
- Marcela Rojas Méndez (UNIFA, Punta del Este, Uruguay)
- Guillermo Alfredo Johnson (Universidade Federal da Grande Dourados, Brasil)
- María Laura Pegoraro (Universidad Nacional del Nordeste, Argentina)
- Alejandra C. Detke (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas)
- Ignacio Mazzola (Universidad de Buenos Aires-Universidad Nacional de La Plata)
- Mariana Godoy (Universidad Nacional de Salta, Argentina)
- Carolina Diez (Universidad Nacional Arturo Jauretche, Argentina)
- Pablo Molina Ahumada (Universidad Nacional de Córdoba, Argentina)
- Pablo Nemiña (Universidad Nacional de San Martín, Argentina)
- Daniel Gastaldello (Universidad Nacional del Litoral, Argentina)
- Jones Dari Goettert (Universidade Federal da Grande Dourados, Brasil)
- Jorge Aníbal Sena (Universidad Nacional de Misiones, Argentina)
- María Angélica Mateus Mora (Universidad de Tours, Francia)
- Patricia Digilio (Universidad de Buenos Aires, Argentina)
- Mabel Ruiz Barbot (Universidad de la República, Uruguay)
- Ignacio Telesca (Universidad Nacional de Formosa, Argentina)
- Christian N. Giménez (Universidad Nacional de Misiones)
- Froilán Fernández (Universidad Nacional de Misiones)
- Bruno Nicolás Carpinetti (Universidad Nacional Arturo Jauretche, Argentina)
- María Eugenia de Zan (Universidad Nacional de Entre Ríos, Argentina)
- Juliana Peixoto Batista (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Argentina)

Consejo de Redacción

- Natalia Aldana (Universidad Nacional de Misiones, Argentina)
- Lisandro Rodríguez (Universidad Nacional de Misiones/CONICET)
- Julia Renaut (Universidad Nacional de Misiones, Argentina)

Asistente Editorial

Antonella Dujmovic (Universidad Nacional de Misiones, Argentina)

Apoyo Técnico

Federico Ramírez Domíñiko

Corrector

Juan Ignacio Pérez Campos

Diseño Gráfico

Silvana Diedrich
Diego Pozzi

Diseño Web

Pedro Insfran

Web Master

Santiago Peralta

DOSSIER

1 Presentación

Por Graciela Cecilia Gayetzky de Kuna

2 Idea hecha materia. La Arquitectura del Movimiento Moderno en Misiones

Por Laura Agustina Basile, Graciela Cecilia Gayetzky de Kuna y Natalia Noemí Vrubel

3 De cómo del Territorio Nacional obtuvimos patrimonio... El Parque Nacional Iguazú, el gobernador Acuña y Exequiel y Alejandro Bustillo

Por Martín Romero y Graciela Cecilia Gayetzky de Kuna

4 Avatares del Territorio Nacional y la provincia de Misiones. De Bustillo a las obras del Movimiento Moderno en Misiones en entornos naturales

Por Alba Cristina Ferreyra

5 Inventario: Obras del Movimiento Moderno en Misiones: fotografías del antes y el después

(Repositorios AGN / SCA / MMM)

Por Equipo de Investigadores MMM

6 Develando lo oculto: Escuela N° 1 "Domingo Faustino Sarmiento"

(Arqs. Soto y Rivarola), Leandro N. Alem

Por Emilio Nicolás Lorenzo Robert

7 Proyectos participativos y patrimonio, la construcción de la memoria colectiva y la identidad barrial: el caso del Lavadero Comunitario Municipal del Barrio Belgrano de Eldorado, Misiones

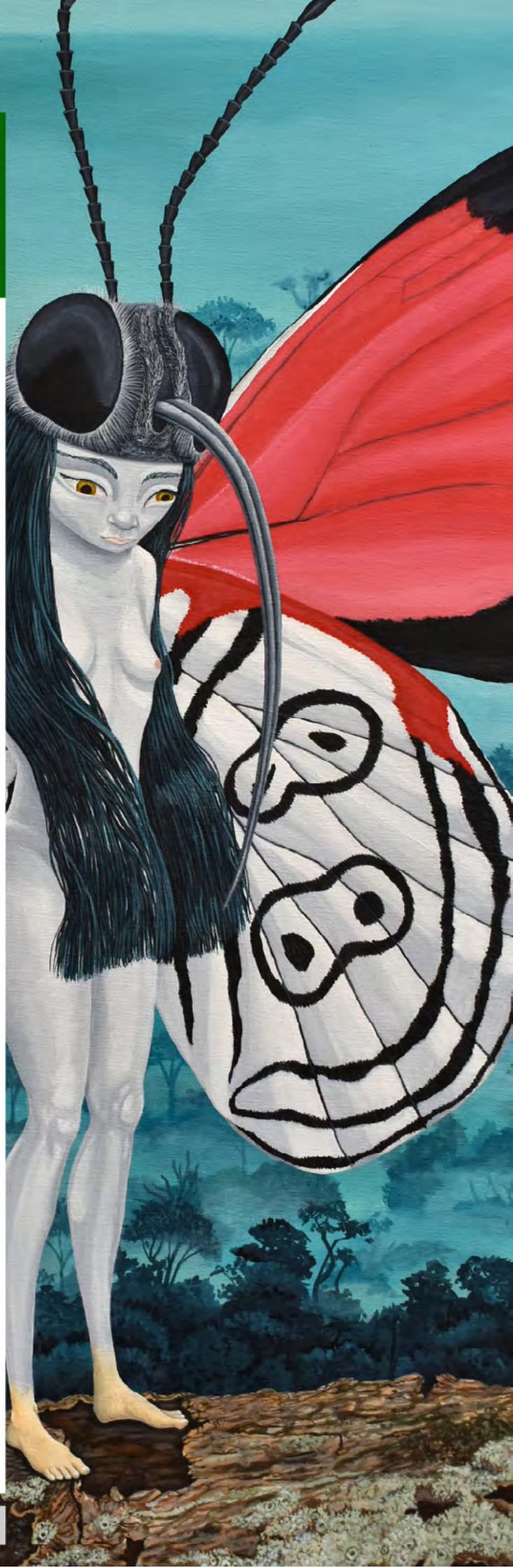
Por Rocío Soledad Duarte, Laura Ibáñez y

Mathias Gabriel Venialgo

8 El aporte de la comunicación en la preservación y puesta en valor del patrimonio cultural

Por Néstor Fabián Vera y

Graciela Cecilia Gayetzky de Kuna



Proyectos participativos y patrimonio, la construcción de la memoria colectiva y la identidad barrial: el caso del Lavadero Comunitario Municipal del Barrio Belgrano de Eldorado, Misiones

Participatory projects and heritage, the construction of collective memory and neighborhood identity: the case of the Community Launderette in Belgrano Neighbourhood in Eldorado, Misiones

Por Rocío Soledad Duarte* Laura Ibáñez** Mathias Gabriel Venialgo***

Ingresado: 28/10/19 // Evaluado: 16/11/19 // Aprobado: 29/11/19

Resumen

Entendemos que existen ciertas adversidades para proyectos que se proponen el trabajo de visibilización y conservación del patrimonio material. No obstante, también observamos interés desde las políticas públicas, el sector privado, las universi-



dades, organizaciones y particulares por involucrarse en relación con esto. Nuestro trabajo retoma el concepto de uso social del patrimonio para analizar la relación que las sociedades desarrollan con los objetos patrimoniales de acuerdo con sus intereses, saberes y objetivos. En este caso, el trabajo con el Lavadero Comunitario del Barrio Belgrano de Eldorado puede entenderse desde esta perspectiva como un ejemplo del paradigma participacionista. Asimismo, desplegamos fundamentos sobre la conservación patrimonial como elemento primordial en la construcción de la memoria colectiva y la identidad comunitaria en el marco de proyectos participativos.

Palabras Clave: patrimonio – memoria colectiva – identidad

Abstract

We understand that exists certain adversities for projects that propose the work of preserve and make visible the tangible heritage. However, certain interest is also observed from public policies, the private sector, universities, organizations and individuals that wish to become involved in this matter. Our work focuses on the concept of the social use of heritage to analyse the relationship that societies develop with heritage objects according to their interests, knowledge and objectives. In this case, the work with the community laundrette in the Belgrano neighbourhood of Eldorado can be understood as an example of the participatory paradigm. We also develop arguments about how heritage conservation is a primordial element in the construction of a collective memory and community identity in the frame of participatory projects.

Keywords: heritage – collective memory – identity

Rocío Soledad Duarte

* *Tesista de la Licenciatura en Antropología Social (FHyCS-UNaM). Investigadora Auxiliar (FHyCS-UNaM).*
Email: rocioduartevirag@gmail.com

Laura Ibáñez

** *Especialista en Educación Intercultural Bilingüe con Orientación en Lengua y Cultura Guaraní (FHyCS-UNaM). Profesora en Historia con Orientación en Ciencias Sociales (FHyCS-UNaM). Investigadora Auxiliar (FHyCS-UNaM).*
Email: lau.ibanez62@gmail.com

Mathias Gabriel Venialgo

*** *Maestrando en Políticas Sociales (FHyCS-UNaM). Especialista en Constructivismo y Educación (FLACSO). Prof. en Historia con Orientación en Ciencias Sociales (FHyCS-UNaM). Investigador Auxiliar (FHyCS-UNaM).*
Email: mathiasvenialgo@gmail.com

Cómo citar este artículo:

Duarte, Rocío Soledad; Ibáñez, Laura y Venialgo, Mathias Gabriel (2019) "Proyectos participativos y patrimonio, la construcción de la memoria colectiva y la identidad barrial: el caso del Lavadero Comunitario Municipal del Barrio Belgrano de Eldorado, Misiones". Revista La Rivada 7 (13), pp 81-98 <http://larivada.com.ar/index.php/numero-13/122-2-dossier/226-proyectos-participativos-y-patrimonio>



Desafíos y oportunidades en la actualidad

El mundo material tiene un rol fundamental en la construcción social del recuerdo. Dicha afirmación no sólo goza de un consenso importante entre las elaboraciones teóricas, sino que se hace explícita en la preocupación del Estado y organizaciones de la sociedad civil en desarrollar políticas de memoria. Los innumerables ritos conmemorativos, la designación de lugares de memoria y las intervenciones en la organización del espacio público son prueba manifiesta de ello. Presentes en este mundo material, los objetos que llegan a cumplir la función de articulación con el recuerdo son denominados *artefactos de memoria*. Sin embargo, para que un objeto pueda ser considerado como tal, hemos transitado un largo camino en el proceso de construcción de nuestras formas de percepción y objetivación del mundo. En la actualidad, estas condiciones de percepción se ven enfrentadas a una superabundancia de objetos, propia de un sistema sostenido por la producción incesante de mercancías, producto del trabajo humano, y su posterior consumo, mediado por un sinnúmero de mecanismos publicitarios. Esto nos ha llevado a una situación paradójica que puede denominarse de *fatiga perceptual* por la cual, pese al desarrollo de diferentes sentidos de percepción y a la abundancia de objetos, “no vemos lo que nos rodea” o lo hacemos sólo desde una perspectiva mercantil.

Uno de los desafíos fundamentales para quienes trabajamos con la visibilización y preservación del patrimonio es tomar en cuenta dicho contexto adverso. Éste es uno de los grandes obstáculos “invisibles” que tenemos enfrente y una de las razones por las que todo patrimonio está relativamente expuesto a un riesgo potencial de pérdida. Así, nuestra tarea de *visibilización* está intrínsecamente relacionada a la posibilidad de reconocer las diversas formas de patrimonio como objetos singulares, quitándoles del lugar de anonimato

en un universo de superabundancia de objetos expuestos a la fatiga perceptual. Indudablemente, este proceso debe superar una visión especialista, unilateral respecto al patrimonio, y entrar en diálogo con otras visiones, intereses y necesidades que están presentes en la sociedad que está implicada con estos objetos. Con ello, apuntamos al objetivo de no sólo conservar el patrimonio, sino aprender de él y comprometer a la comunidad en su cuidado, que no es solamente el cuidado de los objetos-artefactos sino también el cuidado de la posibilidad de reconstruir el pasado a partir de ellos, es decir, luchar contra el olvido social.

Teniendo en cuenta algunos fenómenos actuales, tales como la pérdida de perspectiva temporal, la asociación del pasado con el atraso, el cambio constante como un fin en sí mismo, la *liquidez*, la superabundancia de objetos y la relación mercantilizada con ellos, entendemos que estamos en un contexto que supone adversidades para los proyectos que se proponen el trabajo de visibilización y conservación patrimonial, partiendo desde un paradigma de uso social del patrimonio de tipo *participacionista*. Cabe señalar, sin embargo, que también observamos indicios de interés en años recientes en relación con la memoria y el patrimonio, tanto desde el Estado como desde la sociedad civil, por diferentes razones. Así, podemos señalar esto en términos generales partiendo de las afirmaciones de Aróstegui, quien resalta que:

La memoria, interpretada como depósito y acervo de vivencias comunes compartidas y como «bien cultural» de la mayor relevancia, ha devenido en uno de los componentes más significativos de la cultura de nuestro tiempo, como inspiración de actitudes y aspiraciones reivindicativas derivadas de hechos del pasado, como preámbulo o como derivación de la «reclamación de identidad», como referente para variadas posiciones políticas (Aróstegui, 2004: 6-7)



Construcción de la memoria colectiva y el patrimonio material

De tal manera, nuestro objetivo es construir un marco teórico a partir de la exploración bibliográfica y la experiencia de campo, que nos ayude a precisar los desafíos actuales con relación al patrimonio, así como también las oportunidades. Por ello, indagar en la relación que existe entre la construcción de la *memoria colectiva* y el patrimonio material, es decir, entender a este último desde su función como *artefactos de memoria*. Y entonces, problematizar los *usos sociales del patrimonio* para establecer criterios que nos permitan la articulación del trabajo de preservación patrimonial con la comunidad, en el marco de proyectos participativos que alienten la construcción ciudadana e integren los intereses de la comunidad con el trabajo de investigación.

Partimos de los postulados de la psicología social, sosteniendo que nuestras formas de percepción –y, por lo tanto, nuestra relación con los *objetos*– son construidas socialmente y cambian históricamente. A continuación, pretendemos profundizar en el análisis del rol de los *artefactos de memoria* –como pueden serlo el patrimonio arquitectónico y fotográfico– en la construcción y reconstrucción colectiva del recuerdo. Asimismo, retomamos el concepto de *uso social del patrimonio* para dimensionar las formas en que las sociedades establecen relaciones con los objetos patrimoniales de acuerdo con sus intereses y objetivos.

En este caso, el trabajo desarrollado en el marco del Proyecto de Investigación *Registro, Catalogación y Protección: la Arquitectura del Movimiento Moderno en Misiones–MMM-3*, dirigido por Graciela Gayetzky de Kuna (FHCS-UNaM), con el Lavadero del Barrio Belgrano de Eldorado, puede entenderse desde la perspectiva de los usos sociales del patrimonio como un ejemplo del paradigma *participacionista*. Con relación a este caso, presentaremos algunos factores que inciden en la identidad grupal; en otras palabras,

los valores identitarios que la comunidad refleja en el legado material e inmaterial que constituye su espacio existencial, remarcando aquello que se piensa como valioso y suponiendo en la práctica un acto colectivo de creación de una conciencia patrimonial. De esta manera, el patrimonio puede servir como elemento de construcción identitaria de la comunidad, cohesionando a sus habitantes en base a una memoria histórica colectiva y la pertenencia a un territorio que reconocen como propio. Así, el trabajo se ubica dentro de un enfoque de investigación participativo-subjetivo, en tanto abordamos el objeto de estudio a partir de la propia experiencia de los sujetos protagonistas. El mismo se adscribe a las técnicas cualitativas que dan cuenta de la vida social mediante significados, por ejemplo, en el uso de la observación directa para describir la vida comunitaria, palabras, acciones y entrevistas a vecinos/as. Asimismo, incluimos como fuente el estudio de información documental existente en archivos (actas, ordenanzas, bibliografía).

La construcción histórica de la percepción

Partimos de pensar la relación que establecemos con aquello que percibimos, es decir, con los objetos. Un objeto “es algo, lo que sea que, opone resistencia, esto es, que se declara extraño, ajeno, diferente de quien lo percata: por eso se llama objeto, porque objeta, pone objeciones” (Fernández Christlieb, 2002: 10). La manera que tenemos de establecer esta relación es histórica, ya que “la percepción y la sensación son construcciones históricas culturales” (Ob. Cit: 9). En ese sentido, podemos afirmar que las personas hemos *percibido* al mundo de diferentes maneras a lo largo de la historia, de acuerdo con la forma en la que ha sido configurada socialmente nuestra conciencia. A partir de esto hemos constituido los objetos desde el desarrollo de determinados modos de percepción asociadas a un sentido.



Fernández Christlieb (2002) realiza un análisis de las formas en las que ha cambiado esta relación en la sociedad occidental desde la Edad Media hasta nuestros días. En este transcurso han sido gestados para el autor los diferentes sentidos que hoy asumimos como naturales: la vista, el oído, el gusto, el olfato y el tacto. Es decir, en este proceso, las personas han comenzado a percibir objetos como entidades exteriores poseedoras de propiedades singulares que las distinguen de otros y que son percibidas por diferentes órganos asociados a sentidos particulares. También encontramos una correspondencia entre “la manufacturación humana de objetos físicos y conceptuales (...) y la aparición de los distintos sentidos de percepción” (Ob. Cit: 9), por ejemplo, el desarrollo de la visión y los conocimientos de la óptica y los instrumentos vinculados a ella, como la lupa. En esta construcción de la objetivación, pasamos por etapas en las que el mundo exterior no era percibido como tal –que podemos denominar *frenesis* o *phronesis*, es decir: “el modo de la mente, el estado de la psique en que los objetos tienen cualidades de sujeto y viceversa, de manera que la realidad (...) es una entidad psíquica continua con respecto a los hombres y mujeres que participan de este modo de ser” (Ob. Cit.: 10-11)–, hasta las formas actuales de percepción, consagradas por la ciencia y el pensamiento moderno, las cuales nos permiten sostener la existencia de una clara delimitación entre sujeto y objeto, entre el *yo* y el mundo exterior.

Desde esta perspectiva podemos afirmar que en la Alta Edad Media había muy pocos objetos dado que “no parece haber habido sensaciones ni percepciones”, sino un estado donde no hay una delimitación clara entre lo mágico y lo real, entre individuo y naturaleza (Ob. Cit: 10). Esto nos lleva a proponer que el distanciamiento con el mundo se produce de manera paulatina, cuando comienzan a percibirse nuevos objetos. Los primeros en aparecer, a partir del siglo XIII, son los visuales, precisamente aquellos más alejados, más exteriores. Por lo tanto, el primer sentido en desarrollarse es la vista, y con ella los objetos buscan diferenciarse por sus cualidades visuales. De allí siguen la invención de instrumentos y razonamientos

que ayudan a mejorar y comprender la visión, como la lupa, los lentes, la óptica y la astronomía. Entre los siglos XV y XVII surgen inventos que llevan a inferir la aparición del sentido del oído, con los instrumentos musicales y el cálculo de la velocidad del sonido, que toma a este último como objeto. Emergen aquí también las bases del pensamiento que distancia al sujeto del objeto, lo interior de lo exterior y por lo tanto lo que se identifica como sensación (interior) o como percepción (exterior), siendo la lógica cartesiana la forma más representativa de esto. También aparecen los primeros intentos de clasificación de los objetos, teniendo en cuenta su masificación, dado que empiezan a percibirse como distintos unos de otros de acuerdo con sus cualidades (Ob. Cit: 13).

En términos clasificatorios de los objetos y respecto a los muebles diseñados con el propósito de contenerlos, podemos observar el paso del uso de cofres, durante la Alta Edad Media, cuando los pocos objetos valiosos eran guardados sin mayor distinción, a los cajones, cuando estos –ya multiplicados– comienzan a acomodarse. A principios del siglo XVIII aparece la cómoda, un intento de contener dichos objetos de manera clasificada y ordenada, de modo que se pretende eliminar el *vacío* percibido con el distanciamiento entre el sujeto y el objeto. Asimismo, podemos realizar una analogía entre estos muebles y la organización de nuestra psique, y esto nos permite entender también el pasaje del poco orden y diferenciación del estado de *frenesis* hasta la obsesión clasificatoria de la Modernidad. *L'Encyclopédie* de Diderot y D'Alembert parece ser una producción manifiesta de esto, un intento de contener, clasificar y ordenar todo conocimiento de la naturaleza, eliminar el *vacío* (Ob. Cit.: 13-14). La vitrina surge como el mueble distintivo del siglo XIX, donde se colocan clasificadamente objetos y se rehúye a la percepción de “vacío”, originada como consecuencia de este distanciamiento entre lo interior y lo exterior. En el siglo XIX y XX se multiplican los objetos por el avance tecnológico, en el marco del sistema económico capitalista que los utiliza como medio de generar ganancias. El nuevo objeto del siglo XX es la información, es decir, los *datos* sobre los objetos de la realidad

por sobre los objetos en sí mismos. Junto a éste, encontramos, además, los artefactos para acumular y transmitir esta información; se desarrolla un sentido de percepción informática y un “mueble” característico: las computadoras, cuya forma de organización de los datos se compara con nuestro cerebro (Ob. Cit. 15-16).

Sin embargo, este proceso histórico –expuesto aquí de manera sumamente sucinta– llega en la actualidad a un punto paradójico que quisiéramos relacionar con la conexión existente entre la sociedad y el patrimonio. Desarrollados los cinco sentidos más conocidos (visión, oído, olfato, tacto, gusto), más el sentido informático y el de la cognición, que se impone sobre todos los demás y que conlleva a que prevalezcan los datos conocidos del objeto por sobre lo que ellos poseen en sí mismos, llegamos a un punto donde la abundancia de objetos –multiplicados en virtud del progreso tecnológico–, la avidez de acumulación y la obsesión por llenar el *vacío* ha llevado al efecto contrario. El desarrollo perceptivo, sumado a la superabundancia de objetos, producen un *vacío por saturación*, una *fatiga perceptual* donde los ojos ya no ven lo que miran (Ob. Cit.: 17-18). En la sociedad de consumo, los objetos son considerados desde el punto de vista de su utilidad, de su función. Asimismo, la avidez de novedades y la evolución tecnológica llevan a una acelerada obsolescencia de los objetos. La relación con esta superabundancia es de consumo y desecho. La vinculación afectiva que habría caracterizado a la sociedad occidental en tiempos donde los objetos eran más escasos es menos frecuente, lo que a su vez nos lleva a percibirlos cada vez menos como *artefactos de memoria*, como depositarios de experiencias y medios para recordar (Cfr. Mendoza García, 2014: 105).

Desde esta visión, podemos hacernos las siguientes preguntas: ¿el patrimonio, como objeto con cualidades peculiares frente a otros, ¿es percibido? ¿De qué manera? ¿Puede esta superabundancia de objetos ser la razón que lo lleva a *desaparecer* del paisaje? Y, ¿cómo hacer para *visibilizar* estos objetos en el paisaje social?

La construcción social del recuerdo y el olvido

Aróstegui define a la memoria como: “la facultad de recordar, traer al presente y hacer permanente el recuerdo”. Ésta “tiene (...) una estrecha relación (...) con la noción de experiencia (...) porque, de hecho, la facultad de recordar ordenada y permanentemente es la que hace posible el registro de la experiencia” (Aróstegui, 2004: 12). En este aspecto, tensionando una idea muy presente en el sentido común, dicho autor agrega:

La memoria es constitutivamente bastante más que un «depósito» de sensaciones y percepciones o, sencillamente, algo más que la facultad mental que permite traer al presente, mediante el recuerdo, las vicisitudes del pasado. La memoria es, más allá de eso, una facultad fundamentalmente activa, reorganizadora y coordinadora, estructurante, que no se limita en manera alguna al registro, aunque lo realice, de lo percibido o «experimentado» (Aróstegui, 2004: 14-15).

Acompañando este razonamiento, Singer González señala que “la memoria (...) no es un almacén pasivo de experiencias pasadas sino más bien una fuente de reminiscencias que se manipula y transforma a partir de las experiencias presentes” (Singer González, 2008: 47).

Es importante superar la idea de la memoria desde el punto de vista individual y resaltar la dimensión social que en ella guarda un lugar fundamental. En ese sentido, nuestro presente se gesta en el marco de nuestra experiencia social y produce nuestra subjetividad. Así, los recuerdos y la manera en que estos constituyen nuestra autobiografía –y, por lo tanto, nuestra identidad– no pertenecen al dominio individual, sino que están fuertemente vinculados a los grupos con los cuales interactuamos y que nos “prestan” el lenguaje con el que construimos y reconstruimos nuestras narrativas personales, nuestra biografía, brindan-



do un determinado sentido y orden a nuestras experiencias concretas. En referencia a esto, Singer González señala:

La memoria se construye colectivamente de acuerdo con el contexto histórico y cultural en el que se mueve el grupo humano en cuestión, de manera que el recuerdo deja de ser propiedad de cada individuo en particular y se transforma en un producto social. Las prácticas comunicativas son fundamentales para la creación de recuerdos compartidos, y estos varían según los condicionamientos históricos que acompañan al grupo humano que recuerda (Singer González, 2008: 46-47)

En esta relación, el recuerdo se expresa como una práctica atravesada por distintos actores sociales que intervienen activamente en nuestra forma de recordar, desde las conversaciones cotidianas y las prácticas comunicativas, hasta las políticas de recuerdo y olvido, las prácticas conmemorativas, desarrolladas por las instituciones, el Estado y los medios de comunicación. En tal sentido, y para una interpretación más profunda del recuerdo y el olvido –entendidos en este caso más como una acción social que como propiedad individual– es necesario considerar el conjunto de aspectos sociales que se relaciona con ella. Así, se afirma que:

No es que la noción de memoria individual resulte incoherente, por supuesto que es coherente. El núcleo mismo del tema, la enorme significación de los recuerdos su contenido y organización (su significado personal y social), sus contextos y apariciones en el flujo de la experiencia normal, no puede explicarse refiriéndose sólo a procesos mentales. (Middleton y Edwards, 1992: 34).

De tal manera, en el marco de las prácticas comunicativas mediadas por el lenguaje, aunque no exclusivamente por ellas –cuestión que veremos al abordar la temática de los artefactos de memoria más adelante–, nuestros recuerdos, nuestra memoria, se comparten y se integran en los marcos sociales de una *memoria colectiva* (Halbwachs, 1950: 2004). Para Candau, “... la memoria

individual siempre tiene una dimensión colectiva, ya que la significación de los acontecimientos memorizados por el sujeto se mide siempre según la vara de su cultura” (2006: 67). Si bien la noción de memoria colectiva es problemática en términos explicativos, crítica que se ha realizado a Halbwachs, resulta útil a los propósitos de resaltar y expresar esta dimensión social que es inherente a la memoria individual (Candau, 2006: 60-68; Candau, 2008: 22-25). De tal manera, cabe agregar que “la memoria colectiva nunca es unívoca (...) si bien existen referencias comunes, la evocación está atravesada siempre por la experiencia individual” (Candau, 2006: 64). Así, la idea de memoria colectiva más bien refiere a la representación que miembros de un grupo pretenden sobre sí mismos que a la correspondencia que pueda observarse en los individuos del grupo (Cfr. Candau, 2008: 22).

Bruner y Weisser (en Olson y Torrance, 1995), por su parte, proponen pensar al relato construido sobre nuestras vidas como un “texto”. Como todo texto, está sujeto a reglas de género, estilo, tiempos, modos de enunciación y diferentes pautas de carácter social que son anteriores a él. En ese sentido, la forma en que construimos y reconstruimos el texto de nuestra vida en el proceso autobiográfico guarda correspondencia con los diversos mecanismos culturales que internalizamos para producir este texto. Asimismo, las distintas interpretaciones que puedan realizarse del mismo, las formas de “leerlo”, también son para estos autores una forma de género (Ob. Cit: 180). Ello hace que, más que estático y permanente, el texto de nuestra vida sea cambiante en la medida en que puede ser reconstruido cada vez que recordamos y cuando –expuesto a otros contextos interpretativos– podemos cambiar la manera en que examinamos los hechos almacenados en nuestra memoria, por ejemplo, volviendo significativos hechos que antes no considerábamos de esta manera, cambiando así el sentido del pasado.

Para profundizar en esta perspectiva es preciso señalar en principio que la memoria –como capacidad mental de los individuos que se proyecta y se constituye socialmente– no es un bloque monolítico, sino que podemos reconocer distintos



tipos de memoria. La distinción que nos interesa destacar aquí es aquella que separa la *memoria semántica* de la *memoria episódica*. La memoria episódica “es el sistema a través del cual se adquieren, almacenan y recuperan determinados hechos, impresiones y demás, del pasado” (Ob. Cit: 184). Por su parte, la memoria semántica es un “sistema (que) trafica en la memoria por significado y generalidad, y (...) su esfera está en la línea fronteriza entre lo que en el sentido común se denomina pensamiento y lo que normalmente se llama memoria” (Ob. Cit: 184).

Partiendo de esta distinción, podemos señalar que “el proceso de «hacer una autobiografía» es el acto sutil de poner una muestra de recuerdos episódicos en una densa matriz de recuerdos semánticos organizados y culturalmente esquematizados” (Ob. Cit: 185). Así, lo que le presta coherencia a nuestro autorrelato al texto que elaboramos de nuestras vidas no son los hechos vividos en sí, sino las pautas discursivas que componen nuestros recuerdos en una trama narrativa verosímil que se corresponda con nuestros intereses identitarios, que nos integre en una historia compartida, pero que también destaque nuestra singularidad. Retomando los aportes de Hayden White que señalan Bruner y Weisser (en Olson y Torrance, 1995), podemos pensar la producción textual de nuestra autobiografía como la interrelación que se produce entre los *Annales*, acontecimientos seleccionados y puntualizados en el tiempo, las *chroniques*, un conglomerado de significados para un conjunto de sucesos, y las *histoires*, “un informe sistemático del carácter moral del orden de las cosas en el que se desarrollan las *chroniques*” (1995: 179). Así, el autorrelato puede ser visto como “un recuerdo sospechosamente motivado de acontecimientos al estilo del *annale* (...) a los que se les da significado a través de *chroniques* (...) integrados en una *histoire* más o menos vaga” (Ob. Cit: 179). De este cruce entre aspectos semánticos y episódicos emerge nuestra historia personal, con ella nuestra identidad y –por lo tanto– nuestras proyecciones a futuro. Siguiendo a Bruner y Weisser “el autorrelato es una de las poderosas fuerzas que orquestan y dan dirección y estilo a los innumerables factores que

pueden influir en la conducta humana” (Ob. Cit: 186). Dada la relevancia del autorrelato en nuestra forma de ser en sociedad –de instalarnos en el tiempo, de mostrar nuestra adhesión a determinada cultura o grupo, a la vez que afirma nuestra singularidad–, indudablemente será un aspecto a tener en cuenta al pensar las relaciones de poder que atraviesan esta producción e interpretación de nuestros textos biográficos.

Los artefactos de memoria

Como hemos afirmado previamente, para comprender las formas en que se origina el recuerdo es necesario considerar el marco de interrelaciones que contribuyen a producirlo en relación con ciertos sentidos sobre el pasado. De tal manera, “la memoria no es la recuperación de información almacenada sino la creación de una afirmación sobre estados de cosas pasadas, por medio de un marco de comprensión cultural” (Radley en Middleton y Edwards, 1992: 63). Por lo tanto, no puede ser comprendida únicamente en función de una capacidad interna de los individuos sino, en todo caso, del desarrollo específico de esta capacidad en los marcos sociales en que se reconstruye el pasado desde el presente; en la trama semántica que teje la experiencia episódica, y que simultáneamente nos individualiza a partir de la autobiografía, pero asimismo nos integra a un grupo. Sin embargo, es necesario trascender la connotación meramente discursiva que puede evocar esta visión y señalar el rol del mundo material en la acción de recordar. Como afirma Radley:

... el énfasis en el lenguaje tiende a ocultar preguntas interesantes que emergen cuando reconocemos que la esfera de los objetos materiales está ordenada en formas de las que dependemos para conseguir un sentido de continuidad y como marcadores del cambio temporal (Ob. Cit: 63)

Dicho esto, abordamos en este apartado – como adelantamos anteriormente– la función de

los objetos con relación al recuerdo. En principio, cabe señalar que esta relación no se da entre una conciencia “activa” frente a objetos “pasivos” o “neutrales”, sino que los objetos pueden estar organizados, intencionalmente o no, de tal manera que suscitan determinadas formas de establecer relaciones con ellos y, por lo tanto, de recordar (Ob. Cit.: 68). Así, el mundo material tiene un rol activo, performativo, del recuerdo. Asimismo, la relación producida, el recuerdo evocado, no será igual en todos los individuos, sino que dependerá de las experiencias y herramientas interpretativas particulares de las personas en contextos específicos. Entre estos puede inferirse una relación que podemos denominar dialéctica, donde el resultado, el recuerdo, supone algo relacionado y condicionado por los elementos que lo constituyen, pero también, en cierto sentido, algo nuevo, en la medida en que se reconstruye continuamente.

Cabe hacer otra distinción en relación con los objetos/artefactos de memoria: en el proceso de construcción de la cultura material, existen objetos que son elaborados con el objetivo de recordar y otros que adquieren esta función posteriormente por considerarse representativos del pasado y por tener cualidades que los distinguen de otros (Mendoza García, 2014: 107-108). Estas cualidades de evocación pueden ser producidas a conciencia en el contexto de elaboración del objeto (status adscrito) o reconocidas posteriormente a partir de la experiencia social respecto al objeto (status adquirido). Esto guarda relación con los contextos específicos de producción e interpretación material y puede tener diferencias diametralmente opuestas si separamos, por ejemplo, el espacio público del privado. Así, un objeto puede ser sumamente representativo para las políticas del Estado y, sin embargo, no resultar significativo para un individuo particular; o bien, la interpretación del primero puede no guardar relación con aquello que se haya pretendido representar. En contraposición, un objeto puede ser sumamente valioso para un individuo, porque es representativo de sus experiencias, evidencia de su biografía, signo de verosimilitud, soporte interpretativo, elemento constitutivo de su identidad, y, no obs-

tante, no guardar interés alguno para la política de memoria del Estado y sus fines conmemorativos.

El caso del Parador Turístico de San Pedro, Misiones, analizado en el marco del proyecto MMM-3, resulta sumamente ilustrativo en tal sentido. Edificado en el marco de políticas de desarrollo de infraestructura del gobierno provincial, donde la arquitectura moderna aparece como “el lenguaje apropiado para comunicar los valores institucionales” (Gayetzky, Rivero y otros, 2012) y como un elemento en la construcción de la ciudadanía (Cfr. Stasuck y Vrabel, 2015), representa más bien –para las personas que guardan un vínculo con dicho edificio– aquello que está directamente relacionado con su experiencia. En este caso, dicha obra resulta, por su uso –luego de refuncionalizado–, un medio para la evocación como “primer Hospital de San Pedro” o bien “el Hospital viejo”.

Tal distinción, entre lo proyectado por el Estado y su tensión con la acción de grupos e individuos, cabe destacarse también en términos del *olvido*: la contracara implícita de los procesos de memoria. Así, para Candau “lo único que los miembros de un grupo o de una sociedad comparten es lo que olvidaron de su pasado en común (...) por lo tanto, la sociedad se encuentra menos unida por sus recuerdos que por sus olvidos” (2006: 64). Es decir, en términos de la cohesión social, muchas veces el olvido resulta un factor de gran utilidad para borrar aquellos aspectos conflictivos para las relaciones sociales. Como ejemplo de ello, podemos señalar que la formación de los Estados nacionales ha sido un producto de la eficacia de los proyectos nacionalistas para dotar de un sentido de pertenencia, de un pasado en común a los habitantes de los nacientes Estados europeos durante el siglo XIX. En palabras de Hobsbawm “las naciones no construyen Estados y nacionalismos, sino que ocurre al revés” (Hobsbawm, 1998: 18). Por su parte, Singer González sostiene que “uno de los medios más eficaces para fortalecer los lazos de pertenencia de un grupo humano con el espacio geográfico que habita es la creación de un pasado común” (Singer González, 2008: 53). Ese ha sido el objetivo que se han planteado los Estados con la elaboración de las memorias oficiales, sobre todo en sociedades

atravesadas por un pasado conflictivo y traumático como las latinoamericanas, donde el accionar de las dictaduras cívico-militares constituye una huella ineludible. Tal accionar puede llevar a que las políticas de memoria sean manipuladas por parte del Estado y los sectores dominantes, con el objeto de generar así dispositivos de dominación poblacional (Cfr. Candau, 2008: 159-164). Asimismo, los individuos –en un intento por borrar ciertos hechos de sus trayectorias– también tienden a eliminar aquellos objetos en los que dichas experiencias están depositadas. Mendoza García afirma por su parte que una de las consecuencias de la destrucción de los artefactos de memoria es el *olvido social*, es decir, la imposibilidad de “evocar o expresar acontecimientos significativos que en algún momento ocuparon un sitio en la vida del grupo, colectividad o sociedad, y cuya comunicación se ve bloqueada o prohibida por entidades supragrupales, como la dinámica social o el poder” (Mendoza García, 2014: 115).

Por otra parte, nuestra relación con los artefactos de memoria, con el mundo material, no se reduce a una evocación del recuerdo particular construido, sino que también puede generar nuevas condiciones para tal evocación, en la medida en que puede influir en la organización del mundo material y las formas legítimas de interpretación. Así, como sugiere Radley:

(...) la gente no sólo re-evoca gracias a los objetos que los rodean (...) sino que también, mediante distintas formas de participación en la creación de la cultura material, constituye las oportunidades y cánones de apreciación de lo que ha pasado antes y puede re-evaluarse o re-presentarse de nuevo (Radley, 1992: 65).

Si sostenemos lo anterior, es decir, que la sociedad puede constituir las condiciones sobre las cuales se desarrolla la acción de recordar, es necesario volver a destacar las relaciones de poder y el conflicto que puede emerger en torno a esto. De tal manera, resulta pertinente preguntarse, puntualizando en este caso respecto a los objetos: ¿Quién/es determina/n cuál objeto se desplazará de la esfera del intercambio y se declarará sig-

nificativo y representativo como vínculo con el pasado? Y también, ¿quién/es determina/n las interpretaciones legítimas sobre estos objetos? ¿Cuáles son los criterios de producción de un objeto arquitectónico o una fotografía con relación a la construcción de marcos sociales de memoria? ¿Cómo han cambiado estos criterios a partir de los paradigmas arquitectónicos y los avances tecnológicos en fotografía? La producción de estos objetos, ¿se realiza pensando en la trascendencia, en lo que se quiere representar no sólo en el presente, sino también en el futuro? ¿Existe una conciencia de que muchas veces los objetos, por su carácter duradero, pueden trascender a los individuos o grupos sociales en el tiempo, y por lo tanto verse expuestos a contextos que desafían lo que estos procuraban representar para quienes los produjeron? ¿Qué cambios se producen en esta trascendencia teniendo en cuenta el desarrollo de nuevos medios de comunicación? ¿Cuál es el lugar del mundo virtual en nuestras formas de representar el pasado, de relacionarnos con los objetos patrimoniales? Indudablemente, no pretendemos responder aquí estos interrogantes, sino más bien señalar la multiplicidad de aristas involucradas en la problemática y la consecuente complejidad que reviste. A modo de resumen, respecto al rol de los artefactos para el recuerdo, y siguiendo los aportes de Radley:

Se puede afirmar que el recuerdo social (la evocación colectiva de un pasado común y la conmemoración de acontecimientos que pueden ser previos a la experiencia de cada uno) no sólo es mantenido por el mundo de los objetos y artefactos, sino que, en parte, es conformado por la forma en que se ordena el mundo de las cosas. (Ob. Cit: 69)

Si el mundo de los objetos/artefactos de memoria es performativo en nuestra relación con el pasado, poniendo condiciones sobre nuestro presente, sobre cómo y qué recordamos, indudablemente será un espacio en disputa entre individuos e instituciones que luchan por sostener lo que debe o no ser preservado y las interpretaciones legítimas sobre el pasado. En ese sentido, y en relación con la función que cumple el recuerdo

en nuestra constitución autobiográfica e identitaria y también con nuestros proyectos, nuestra proyección al futuro desde nuestra condición presente, podemos retomar a Middleton y Edwards quienes, parafraseando el lema de la obra 1984 de George Orwell, dirán: “No es sólo que quien controla el pasado controla el futuro, sino que quien controla el pasado controla quiénes somos” (Middleton y Edwards, 1992: 26). Así, la posibilidad de construir una narrativa colectiva a partir de la reapropiación de elementos significativos para la experiencia del grupo es un factor que permite fortalecer la identidad grupal, el compromiso y la proyección a futuro de la comunidad.

Los usos sociales del patrimonio

El pensar la cuestión de los objetos y las formas en que los recordamos, el cómo construimos nuestra identidad a partir de las narrativas autobiográficas, y cómo en la actualidad se construye la memoria colectiva en los grupos humanos, nos lleva a analizar el concepto de patrimonio y sus usos. Para Candau “la elaboración del patrimonio sigue el movimiento de las memorias y acompaña la construcción de las identidades” de tal manera que “el patrimonio es menos un contenido que una práctica de la memoria que obedece a un proyecto de autoafirmación” (Candau, 2008: 158-159).

Para García Canclini (1999) el patrimonio no incluye sólo la herencia o las expresiones “muertas” del pasado de un pueblo (sitios arqueológicos, objetos antiguos en desuso), sino también bienes actuales materiales o inmateriales: nuevas artesanías, conocimientos, tradiciones, lenguas. Asimismo, la política patrimonial de conservación y administración de artefactos del pasado se ha extendido a los usos sociales que relacionan esos bienes con las necesidades actuales de la mayoría. Así, un patrimonio no sólo representa los bienes culturales producidos por la hegemonía (palacios, pirámides), sino también los artefactos fruto de la

cultura popular (música indígena, escritos campesinos y obreros, etc.) (Ob. Cit.: 16-17)

Esta ampliación del concepto de patrimonio además de expresar la solidaridad de quienes comparten un conjunto de bienes y prácticas que lo identifica, también visualiza la complicidad social que existe para definir, preservar y/o difundir estos bienes, simulando así una supuesta unidad de las diferentes clases, etnias y grupos que en la realidad se encuentran divididos. Es decir que los bienes producidos por una sociedad que pasan hoy día a representar el pasado no pertenecen verdaderamente a todos ni están disponibles para que todos los usen. Si bien el patrimonio sirve para unificar una nación, es importante estudiarlo también como espacio de lucha material y simbólica entre estos diversos grupos (Ob. Cit.:17). Según expresa Canclini: “En la actualidad, las diferencias regionales o sectoriales, originadas por la heterogeneidad de experiencias y la división técnica y social del trabajo, son utilizadas por las clases hegemónicas para obtener una apropiación privilegiada del patrimonio común” (Ob. Cit.: 18). Esto equivale a pensar el patrimonio como un recurso para reproducir las diferencias entre los grupos sociales y el poder de quienes logran un acceso preponderante a la producción y distribución de los bienes, teniendo así la posibilidad de definir qué bienes son superiores, cuáles merecen conservación y/o restauración, etc. Como espacio de lucha, económico, simbólico y político, para Canclini el patrimonio está atravesado por la acción de tres tipos de agentes: el sector privado, el Estado, y los movimientos sociales que definen su formación y sus usos (Ob. Cit: 18-21).

Al referirse a los usos sociales del patrimonio, Canclini deslinda cuatro paradigmas político-culturales. El primero, llamado *tradicionalismo sustancialista*, es el de quienes juzgan los bienes culturales únicamente por el alto valor que tienen en sí mismos y cuya conservación se concibe a partir de ese pasado “glorioso” sin tomar en cuenta sus necesidades actuales. Esta posición es sostenida por diversos grupos sociales, pero es más notable en las tendencias aristocrático-traditionalistas del campo científico y político. Su única importancia se encuentra en preservar esencias y mo-



delos estéticos y simbólicos, cuyo objetivo está en atestiguar que ese pasado resiste los cambios sociales. Quedan fuera de este paradigma los bienes precarios o cambiantes, prácticas o acontecimientos populares. (Ob. Cit.: 22-23).

El segundo paradigma alude a quienes comparten una visión *mercantilista* en el uso de los bienes patrimoniales y ven al mismo como un recurso para sus intereses monetarios o como un obstáculo para dichos intereses; el beneficio económico es el fin, y la práctica o postura que tengan de acuerdo con el patrimonio sólo un medio. Sus prácticas corresponden a una estética exhibicionista en la restauración: los bienes simbólicos son valorados en la medida en que su apropiación privada puede ser signo de distinción y está sujeta a un proceso de espectacularización (Ob. Cit.: 23).

El tercer paradigma se funda en una concepción *conservacionista y monumentalista*. Es la forma que predomina en las políticas de Estado respecto al patrimonio. En general, las tareas del poder estatal consisten en rescatar, preservar y custodiar los patrimonios históricos capaces de exaltar la nacionalidad, de ser símbolos de integración e identidad. De esta manera, el Estado, —resaltando la grandiosidad de ciertos objetos— distrae la mirada de problemáticas locales y busca evocar una imagen armónica donde no se observen conflictos. (Ob. Cit.: 23)

El cuarto paradigma es denominado *participacionista* y es por el que más se inclina el autor. Éste concibe al patrimonio y su preservación en relación con las necesidades actuales de los usuarios. El valor intrínseco de los bienes, los intereses económicos que giran en torno a ellos y su posibilidad simbólica de legitimación son subordinadas a las demandas presentes de los individuos. Las maneras de preservar, restaurar y dar una puesta en valor a los mismos son tomadas en cuenta desde una perspectiva democrática, donde puedan intervenir los interesados y se consideren sus prácticas y opiniones. Este enfoque se caracteriza por incluir en el patrimonio tanto los edificios, los espacios públicos o ceremoniales, como las creencias, prácticas y tradiciones de un pueblo. Este acento en la participación social nos previene de caer en que el patrimonio sea parte de una estruc-

tura muerta, sin función, que sólo pueda ser apreciada por snobs, burgueses, artistas, profesionales del tema o especuladores que sólo buscan subrayar su distinción (Ob. Cit.: 24).

Identidad construida y espacio imaginado.

El Lavadero Comunitario del Barrio Belgrano en Eldorado

Con la formulación y ejecución de proyectos de patrimonio comunitario se busca trabajar nuevas maneras de significar el territorio, superando situaciones de abandono y/o derrumbe de edificios por parte de la comunidad circundante. Pecqueur reconoce un tipo de espacio-territorio construido que manifestaría un sentido de pertenencia por parte de los actores sociales respecto a la identidad construida y asociada al espacio de acción colectiva y de apropiación, y donde son creados lazos de solidaridad entre los actores (citado por Flores, 2007). El proceso de valorización del patrimonio local, desde una perspectiva comunitaria, explora condiciones para el reconocimiento identitario grupal desde (I) el Reconocimiento del capital socio-cultural; (II) el Proceso participativo e integración en la comunidad, (III) el Formular nuevos vínculos Estado-Comunidad. Según Featherstone, la cultura local se refiere a las relaciones sociales existentes en espacios delimitados y pequeños en los que se establecen formas específicas de representación con códigos comunes (citado en Flores, 2007). Un ejemplo de ello es el barrio como territorio construido en donde convergen actores sociales identificados como vecinos/as, circunstancialmente categorizados como usuarios y usuarias de edificios públicos en un espacio geográfico y un tiempo determinado que resuelven un problema común. En este sentido, el capital socio-cultural se traduce, según Ostrom, en el conocimiento, el saber-local y la capacidad



de los actores de promover un desarrollo con características endógenas, a partir del sentido de territorialidad presente entre ellos; ese capital establece el potencial del desarrollo del territorio (citado en Flores, 2007).

La formulación de nuevos vínculos Estado-Comunidad podría producirse así por organizaciones que representen y coordinen a los individuos como alternativa a los modelos de comportamiento político tradicional. Por lo tanto, el territorio construido pasaría a ser un espacio multidimensional donde participarían distintas lógicas de acción. La apropiación/valorización del territorio es un proceso por el cual se relaciona al individuo con el espacio y donde se constituye una relación dialéctica e indisoluble entre la “identificación simbólica” y la “acción-transformación” (Vidal, Pol & Perú, 2004). Por esto, aquellos procesos cognitivos que nos habilitan para ello son la cultura, las experiencias cotidianas y las relaciones sociales, los cuales se manifiestan, a su vez, a través de las “representaciones sociales”. Así, es esa valoración estética, afectiva y simbólica la que orienta la acción (Zapiain Aizpuru, 2011: 82).

En Misiones, la puesta en valor tuvo un crecimiento gradual por el planteo de proyectos interdisciplinarios de trabajo mediante la participación de referentes académicos locales. En otras palabras, la cooperación activa de agentes profesionales pertenecientes a unidades académicas nacionales ha posibilitado la formulación de proyectos de investigación desde un enfoque participativo con el objeto de registrar, catalogar y proteger edificaciones correspondientes a la arquitectura moderna. A partir de marzo del 2017, por medio del registro histórico, se propuso la puesta en valor del espacio donde funcionó, durante la década de los '70, el Lavadero Comunitario Municipal de Eldorado, Misiones, ubicado en el Barrio Belgrano. Esta obra pública sirvió para visibilizar la demanda histórica por parte de mujeres ocupadas en el sector informal como trabajadoras dedicadas al servicio doméstico o lavanderas de dicha época. Su trabajo de puesta en valor, realizado de forma reciente entre los/as vecinos/as y nosotros, investigadores de este proyecto, es un indicio del fortalecimiento de la

identidad barrial, costumbres y creencias dentro de la comunidad vecinal-local y las posibilidades de articulación con la universidad.

El Barrio Belgrano es un conglomerado con una superficie total de 27 ha. Se trata de un territorio histórico de la ciudad de Eldorado y un clásico caso de urbanización debido al crecimiento poblacional. Sin embargo, las transformaciones no han impedido la supervivencia latente de la identidad propia, caracterizada por la base social de los lugareños, en conjunto con valores culturales reconocidos a los edificios barriales con posibilidad de ser protegidos. Para analizar este caso es necesario remontarnos a la construcción de lavaderos comunitarios, producto de las políticas públicas desplegadas en Misiones bajo el Estado desarrollista –encarnado en la figura del Gob. César Napoleón Ayrault– que invirtió fuertemente, a partir de la década de los '60, en obras públicas que incidieron tanto en la vida cotidiana como en el paisaje urbano de Misiones, la cual, para ese entonces, era una provincia en claro crecimiento productivo y demográfico. Es decir, invirtió en una población que se había duplicado en los últimos 10 años y en obras que buscaban responder a las necesidades cotidianas de los pobladores. Por tal motivo se emprende una ardua labor edilicia: se edificaron usinas, viviendas para obreros, salas de primeros auxilios, quioscos para expendios de artículos de consumo en ferias y mercados locales, lavaderos públicos, estaciones de turismo, terminales de ómnibus, entre otras obras.

La política desarrollada en el marco de la obra pública provincial aludida hace de referencia temporal al Lavadero Comunitario Municipal, construido a principios de la década de los '70 en la localidad de Eldorado. Éste está situado en el centro del Barrio Belgrano, sobre un lote de pequeñas dimensiones íntimamente relacionado con las vecinas y vecinos por cercanía domiciliaria. Fue utilizado principalmente por mujeres para suministrar de agua al vecindario y dar rienda a los quehaceres domésticos como lavar y “juntar agua” para el hogar ante la falta de agua corriente. Como comenta una vecina: “Un lugar de mujeres a veces se armaba por el lugar. El hombre ayudaba. Le servía para bañar a los chicos” (Vecina – Usuaría, 63 años).



Imagen 1. Tanque de las lavanderas ubicado en continuación de calle Catamarca y Costanera/ Posadas-Mnes.

Si bien en este trabajo no se analiza profundamente la valorización patrimonial desde una perspectiva feminista, se hace necesario mencionar que los estudios han demostrado resultados significativos en cuanto a la participación de mujeres en lugares que reproducen tareas comunes domésticas y se colectivizan. Un indicio de ello puede ser considerado en la siguiente observación: “La mujer era para cuidar los hijos y el marido; hacer todo, hasta abrir el portón cuando venía visita. [En relación a los padres] Nos enseñaban los hábitos de higiene” (Vecina – Usuaría).

Respecto a la formación del capital socio-cultural podemos mencionar que, durante las observaciones efectuadas, se ha percibido la presencia de un conglomerado social de base obrera de oficio; esto es: trabajadores dedicados al trabajo informal fuertemente arraigados al barrio. Por ejemplo: albañiles, panaderos, sastreros, modistas, bordadoras, lavanderas y planchadoras. Esto se manifiesta en la siguiente declaración: “Es un barrio de trabajadores” (Vecina – Usuaría) y también se evidencia en las tareas desarrolladas por la

Comisión Barrial, las cuales son muestra de compromiso y solidaridad en las actividades a realizar en beneficio del mismo. Por ejemplo: señalización de calles, limpieza de lugares de uso común y recreación y elaboración de comidas tradicionales para la venta con fondos comunes.

En relación con la participación, cabe señalar que la formulación de proyectos participativos con la coordinación de agentes académicos posibilita la puesta en valor del patrimonio y desarrollo barrial, fomentando el vínculo específico entre persona y barrio. La misma resignifica un proyecto de características comunitarias, es decir, el trabajo de campo con incidencia en espacios socio-históricos, e implica un diálogo entre lo individual y lo colectivo. Partiendo de un tejido asociativo o de una iniciativa privada, no deja de ser significativo, en tanto obliga a la intervención de diferentes sectores, tales como la gestión pública, asociaciones barriales y/o grupos de investigadores interesados en la temática. Un logro manifiesto del trabajo realizado en este proceso se evidencia en la declaración del sitio donde funcionó el



UM
Universidad de Misiones



Imagen 2. Trabajo barrial en el Lavadero Comunitario. Eldorado - Mnes.

Lavadero Comunitario Municipal ubicado en el Barrio Belgrano, como Patrimonio Histórico Cultural y Arquitectónico de la ciudad de Eldorado: “El hombre al llegar a la luna dio un gran paso para la humanidad, la declaración del Lavadero es un gran paso para la comunidad barrial” (Vecino en la Sesión Ordinaria Concejo Deliberante – Eldorado) (Primera Edición, 2019)

La interacción activa por parte de académicos e integrantes del vecindario acompaña el proceso de reconocimiento estético, afectivo y simbólico del sitio donde funcionó el Lavadero Comunitario, mediante la reconstrucción social de recuerdos al interior de la comunidad y el fomento del compromiso del Poder Ejecutivo local. Como señala Singer González (2008) “la construcción del recuerdo compartido no sólo se hace a nivel nacional, sino también dentro de comunidades más pequeñas” (Ob. Cit: 48). De tal manera, podemos

observar cómo la coyuntura histórica representó un factor determinante para las proyecciones del gobierno de Ayrault en la provincia, truncando su política desarrollista –que tuvo en la arquitectura del Movimiento Moderno un elemento simbólico fundamental– y, como contracara, significó la posibilidad de apropiación del espacio desde la experiencia de la comunidad, sus valores e intereses, con un mayor grado de autonomía respecto al Estado.

Pecquer diferencia entre dos tipos de *territorio*. El primero está vinculado al “establecimiento de políticas de desarrollo definidas” y lo denomina *territorio dado*. El segundo es el *construido*, a partir “un encuentro de actores sociales (...) que busca identificar y resolver un problema común” (Pecquer en Flores, 2007: 35-36). Dicha distinción cabe pensarla con relación al caso del Lavadero Comunitario. Iniciativa de desarrollo territorial, nacida como producto de una política pública estructural, donde –no obstante– la brecha de autonomía señalada genera las condiciones de posibilidad de un proceso de construcción del territorio y la identidad fuertemente enlazados a la experiencia y los intereses locales. Emerge así un modo de fortalecer la categoría de ciudadanía, no ya desde un sentido abstracto instalado desde la retórica estatal, sino situado de una forma concreta y caracterizado por una retórica local que refuerza los lazos de solidaridad y la pertenencia. En otras palabras: una



Imagen 3. Presentando Proyecto de Declaración a integrantes del HCD de Eldorado-2013.



forma de participación de vecinos y vecinas en cuanto a la toma de decisiones que afectan a su vida cotidiana y su entorno.

Por otra parte, desde la perspectiva de los usos sociales del patrimonio propuesta por García Canclini, nos parece pertinente formularnos las siguientes preguntas en referencia a la labor desarrollada. Dichos interrogantes, a nuestro entender, son un indicador a tener en cuenta al llevar a cabo un trabajo de preservación patrimonial que integre a la comunidad y a la academia. En tal sentido nos preguntamos:

A) El tratamiento efectuado respecto a la cuestión patrimonial, ¿está realizado desde un enfoque aristocrático o desde el conocimiento y la utilización de quienes desean entenderlo? ¿De qué manera se presenta y explica el patrimonio frente al público?

B) ¿Cuáles son los criterios de catalogación y conservación de los materiales?

Respecto al primer interrogante, podemos mencionar que la metodología de trabajo con el bien patrimonial en cuestión –el acercamiento a los vecinos para producir en conjunto una puesta en valor del mismo, que tome en cuenta el espacio por lo que significa ese pasado para ellos: el lavadero como lugar de encuentro e interacción de mujeres, de trabajo, etc.– ha significado una labor en conjunto con la comunidad desde una perspectiva democrática y no verticalista. Además, como equipo MMM3, visibilizamos –al interpretar como parte del Movimiento Arquitectónico Moderno– lo que representa esta arquitectura; pero esta tarea no se hizo desde una postura de autoridad, sino más bien integrada a las diferentes resignificaciones que pueda tener actualmente. Es decir, evitamos la postura de autoridad respecto a la interpretación legítima del objeto. De esta manera, buscamos alejarnos de una mirada aristocrática-elitista y acercarnos de manera integradora desde las diferencias. La explicación no estuvo dada en el sentido unilateral del “especialista”, sino que la construimos de manera participativa en la presentación misma. En el caso de las entrevistas realizadas, mantuvimos una postura de diálogo, tratando de promover el desarrollo de una narrativa consensuada que pudiera ayudarnos a conocer más sobre su historia. También pudimos difundir las

distintas etapas del proceso de patrimonialización por medio de diferentes diarios y redes sociales, en donde los/as vecinos/as fueron los portadores de la voz frente al público y no meros espectadores de una interpretación especialista de su territorio.

Con respecto al segundo interrogante, referido a la catalogación y protección, podemos mencionar que indudablemente éste constituye uno de los objetivos fundamentales de nuestro proyecto de investigación. Así, la tarea desempeñada a nivel provincial ha sido la de visibilizar las obras del Movimiento Moderno, registrarlas y catalogarlas, como un primer paso para lograr su conservación. La elaboración de legajos de las obras, la investigación histórica, las jornadas de visibilización y la fundamentación académica desarrolladas han sido las herramientas que desplegamos para lograr su reconocimiento por parte de la comunidad y del Estado, por ejemplo, en las declaratorias como “Patrimonio Histórico”. Sin embargo, entendemos que la participación comunitaria resulta fundamental no sólo como fuente para la investigación histórica, sino también para la definición simbólica de las obras y como forma de legitimar su reconocimiento. Asimismo, como una manera de favorecer su preservación de forma sostenida en el tiempo.

Consideraciones finales

Uno de los objetivos del trabajo que venimos desarrollando es el de aportar a este debate que, según entendemos, es de suma trascendencia en la medida en que puede sentar precedentes respecto a la manera en que se involucran los diferentes sectores sociales (municipio, población local, usuarios, universidad, etc.) en la definición de la política patrimonial. No debemos perder de vista las necesidades de las personas ni sus criterios en torno a la producción material y la gestión patrimonial. Tal consideración no implica esencializar a través de una mirada relativista la disposición que pueda tener la comunidad sobre un bien de relevancia social, justificando de esta manera acciones que representen una amenaza para la preservación. Simplemente buscamos resaltar

que este aspecto –el interés y la proyección de los vecinos/as, de acuerdo con su cosmovisión– es un factor de peso considerable al momento de establecer negociaciones y acuerdos respecto a los usos del patrimonio. Tal complejidad es la que nos indica Flores cuando nos dice que “el territorio como espacio de articulación de estrategias de desarrollo se presenta como objeto de acciones, tanto de iniciativas de la propia sociedad, a través de movimientos sociales, organizaciones no-gubernamentales y entidades privadas, como de políticas públicas” (2007: 35). En tal sentido, es insoslayable el “juego de poder” que forma parte de la construcción del territorio (Ob. Cit: 36) y su vinculación con el patrimonio. Por esto, los espacios de difusión, de encuentro y la investigación sirven para visibilizar las diferentes miradas y contribuir a desarrollar una gestión del patrimonio que pueda evitar su destrucción, comprometiéndose a la comunidad en su cuidado. Teniendo en cuenta el lugar que ocupa el mundo material en la reconstrucción de los recuerdos individuales y la memoria colectiva, su destrucción puede interpretarse como una manera de contribuir al *olvido social*. Es preciso considerar también que el olvido social supone un riesgo permanente y un elemento constitutivo de las prácticas de memoria.

Por las restricciones presupuestarias existentes y la presencia de precariedades y necesidades que demandan mayor atención, la problemática patrimonial resulta muchas veces desplazada de la agenda. La situación de fatiga perceptual señalada al principio, la globalización, la inestabilidad política, las relaciones mercantilizadas con los objetos componen un contexto desafiante. Sin embargo, entendemos que un debate sobre los usos sociales del patrimonio puede llevar a que los diferentes sectores sociales puedan reconocer en él diferentes potencialidades acordes a sus intereses: como espacio público que sirva para articular proyectos comunitarios, como lugar de atracción turística, como objeto articulador en la construcción de la memoria colectiva, etc.

Las condiciones actuales nos obligan a ser imaginativos en nuestras propuestas y proyecciones para articular el desarrollo sostenible y saludable de nuestros paisajes sociales. El trabajo

mediante proyectos de patrimonio cultural comunitario alienta a los actores sociales de un territorio determinado a preguntarse por su identidad en relación con un pasado en común y también a partir de proyectos comunes donde la apropiación de espacios constituye un paso decisivo en pos de la construcción ciudadana. El rol activo, protagónico e interviniente de los miembros de la comunidad resulta más que interesante. Incluso la colaboración profesional –si existiera– se podría transformar en una figura de acompañamiento que facilite el trabajo de conjunto con el grupo.

Referencias bibliográficas

ARÓSTEGUI, Julio (2004) “Retos de la memoria y trabajos de la historia”. En *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea N° 3*. España, Universidad de Alicante. Pp. 5-58.

BRUNER, Jerome; WEISSER, Susan (1985) “La invención del yo: la autobiografía y sus formas”. En OLSON, David y TORRANCE, Nancy (1995) *Cultura escrita y oralidad*. Barcelona, Gedisa. Pp. 177-202.

CANDAU, Joël (2006) *Antropología de la memoria*. Buenos Aires, Nueva Visión.

----- (2008) *Memoria e identidad*. Buenos Aires, Del Sol.

FERNÁNDEZ CHRISTLIEB, Pablo (2002) “Psicología Colectiva de las cosas y otros objetos”. En *Psicología Social Vol. 1, N°1*. Revista Internacional de Psicología, Pp. 9-20.

FLORES, Murilo (2007) “La identidad cultural del territorio como base de una estrategia de desarrollo sostenible”. *Opera 7 (7)*, 35-54 [En línea]. URL: <https://revistas.uexternado.edu.co/index.php/opera/article/view/1183>



GARCÍA CANCLINI, Néstor (1999) “Los Usos Sociales del Patrimonio Cultural”. En AGUILAR CRIADO, Encarnación (1999) *Patrimonio Etnológico. Nuevas Perspectivas de estudio*. Consejería de Cultura, Junta de Andalucía. Pp. 16-33. Consultado en: <http://observatoriocultural.udgvirtual.udg.mx/repositorio/bitstream/handle/123456789/130/Canclini-usos%20sociales.pdf?sequence=1&isAllowed=y>

GAYETZKY DE KUNA, Graciela; RIVERO, Beatriz (2012): “El patrimonio del Movimiento Moderno en Misiones: la tensión entre preservación y actualización funcional en la arquitectura hotelera”. *Informe de avance desarrollado en el marco del proyecto de investigación Patrimonio, turismo y educación: la arquitectura del Movimiento Moderno de Misiones* 16H313 2010/12, FHyCS, UNaM.

HOBSBAWM, Eric (1998) *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona, Crítica

MENDOZA GARCÍA, Jorge (2014) “La configuración de la memoria colectiva: los artefactos. Por caso, la escritura y las imágenes”. *Entreciencias* [en línea] Vol: 2, N°: 3. Puesto en línea el 1 de abril de 2014, consultado el 20 de octubre de 2019. URL: <http://revistas.unam.mx/index.php/entreciencias/article/view/62052>

MIDDLETON, David; EDWARDS, Derek (1992) *Memoria compartida. La naturaleza social del recuerdo y del olvido*. Barcelona, Paidós.

PRIMERA EDICIÓN (09/09/2019) *Proponen revalorizar el predio donde funcionó el “lavadero comunitario*. URL: <https://www.primeraedicion.com.ar/nota/100160603/proponen-revalorizar-el-predio-donde-funciono-el-lavadero-comunitario/>

RADLEY, Adam (1992) “Artefactos, memoria y sentido del pasado”. En MIDDLETON, David y EDWARDS, Derek: *Memoria compartida. La naturaleza social del recuerdo y del olvido*. Barcelona, Paidós. Pp. 63-76

SINGER GONZÁLEZ, Débora (2008) “Construcción social de la memoria: el anhelo de esclarecimiento a la luz de tres novelas centroamericana”. En *Intercambio* [en línea], Año 5, N° 6. Puesto en línea el 16 de noviembre de 2012, consultado el 20 de octubre de 2019. URL: <https://revistas.ucr.ac.cr/index.php/intercambio/article/view/3466>

STASUCK, Rubén; VRUBEL, Natalia (2015) “Arquitectura, ciudadanía, provincialización: el Movimiento Moderno Misiones”. Trabajo presentado en *Jornadas de Investigadores 2015*. Secretaría de Investigación y Postgrado. FHyCS-UNaM

ZAPIAIN AIZPURU, María Teresa (2011) “Reflexiones identitarias en el territorio contemporáneo. La construcción colectiva del lugar. Caso estudio de La Vega de Granada. Cuadernos geográficos.” En *Cuadernos Geográficos* N°48, Universidad de Granada. Puesto en línea en marzo de 2013, consultado en octubre de 2019. URL: <https://revistaseug.ugr.es/index.php/cuadgeo/article/view/581>

